

*La recompensa  
y el castigo eternos*

---

Uno de los conceptos más difíciles de entender para nosotros, es el de la eternidad, el de una existencia que nunca termina. Estamos tan acostumbrados a la idea de que todo lo que hay en nuestro universo material, es decir, todo lo que podemos ver y tocar, tiene un comienzo y tiene un fin, que puede resultar abrumador el tratar de entender el concepto de eternidad. En vista de que el concepto de eternidad se encuentra fuera del ámbito de nuestra experiencia sensorial, el comprenderla es tarea casi imposible para nosotros.

Puede que para nosotros resulte atractiva la idea de que Dios nos dará un cielo con las maravillas que a éste le acompañan, y nos parece que así será aun a sabiendas de que lo que hicimos en esta breve vida jamás nos haría merecedores del derecho a estar allí por toda la eternidad. Al mismo tiempo, puede que no estemos de acuerdo con la idea de sufrir los horrores del infierno, porque nos parece que lo que hicimos en esta breve vida no pudo haber sido tan malo como para merecer un castigo eterno. Tal vez seamos de la opinión que los justos son merecedores de la misericordia y la gracia de Dios, más

que los injustos, de Su venganza.

Algunos cometen el error de creer que la idea de castigo eterno contradice los atributos del amor, la misericordia y la gracia de Dios. Es por esto que buscan la manera de interpretar la Biblia de una manera que sea consecuente con la imagen de un Dios que es sólo amor, compasión y comprensión (1 Timoteo 1.2; 1 Juan 4.8). Pasan por alto la otra faceta de Dios —la de un Dios que también es ira y venganza.<sup>1</sup> Dios aborrece la maldad (Hebreos 1.9), se muestra severo (Romanos 11.22), y es «fuego consumidor» (Hebreos 12.29). Esto es lo que leemos: «Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado» (Romanos 11.22). Hebreos 10.31, dice: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!».

En el Nuevo Testamento se representa la bondad de Dios en la forma como Él trató a Pedro (Lucas 22.31–32), a Pablo (1 Timoteo 1.15–16) y a otros. Su ira se manifiesta en las muertes de Ananías y Safira (Hechos 5.1–10), y de Herodes (Hechos 12.20–23). A éstos los mató por causa de su maldad.

Las maneras como Dios trató a los desobedientes, muestran que Él es capaz de castigar severamente. Los que ven a Dios como un Dios de amor solamente, pasan por alto el profundo desagrado que a Él le produce el pecado, y la severidad con que castiga a los que no se someten a Su voluntad.

### UNA VISIÓN ADELANTADA DEL CASTIGO

Aunque no nos gustaría que los placeres de esta vida llegaran algún día a su fin, sí quisiéramos que el

---

<sup>1</sup> Romanos 1.18; 2.8; 3.5; 12.19; Efesios 5.6; Colosenses 3.6; 2 Tesalonicenses 1.8.

sufrimiento cesara de inmediato. No se considera que sea castigo lo placentero y lo agradable. Por esta razón, la única manera de aplicar el castigo por hacer lo malo es por medio de hacernos sufrir lo que nos resulta desagradable. Si lo que Dios dice que hará, parece doloroso, así debe esperarse que sea. ¿De qué otra manera podría Dios castigar al hombre pecaminoso?

### **¿A qué se asemejará el castigo?**

Como ya lo establecimos, la Biblia enseña que el castigo que se aplicará a los malos al final de los tiempos, será un castigo eterno. No podemos imaginar cómo será tal «castigo eterno» (Mateo 25.46).

*¿Será aniquilación?* Algunos enseñan que nadie será castigado por la eternidad. Creen que con «castigo eterno» se da a entender que los desobedientes serán aniquilados. Para ellos el castigo eterno consiste en dejar de existir. Basan su doctrina en versículos que declaran que los impíos serán destruidos o que recibirán destrucción eterna (Mateo 10.28).

La palabra griega *apollumi*, la cual se traduce por «destruir» en Mateo 10.28, también se traduce por «perecemos» en Mateo 8.25, y por «perdido» en Lucas 15.4, 6. Los odres a los cuales Jesús aludió en Mateo 9.17, serían arruinados, pero no aniquilados; y la oveja, la moneda y el hijo que estuvieron perdidos (*apollumi*), fueron encontrados (Lucas 15.6, 9, 24). Jesús vino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19.10), y Él prometió que «el que [perdiera] su vida por causa de [Él], la [hallaría]» (Mateo 10.39). Lo que ha sido aniquilado no puede ser encontrado ni salvado. En todos los contextos en que aparece, se llega a la misma conclusión, y ésta es, que la palabra *apollumi* significa «estar perdido», «arruinar», «perecer» o «destruir»; pero no, «ser aniquilado».

Los impíos continuarán siendo castigados sin fin,

por toda la eternidad: «Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo ni de día ni de noche» (Apocalipsis 14.11). La misma descripción se presenta en Apocalipsis 20.10, del castigo que sufren el diablo, la bestia y el falso profeta, los cuales habían sido arrojados al lago de fuego anteriormente, en Apocalipsis 19.20. Si el lago de fuego aniquilara a los que fueren arrojados en él, entonces la bestia y el falso profeta, que habían sido arrojados allí anteriormente, debían de estar incinerados para cuando el diablo fue arrojado, más de mil años después (Apocalipsis 20.2–3). Según la visión, ellos todavía estaban en el lago de fuego y continuaron siendo atormentados allí «día y noche por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 20.10).

Los que rechacen la gracia de Dios que se ofrece bajo el nuevo pacto, serán considerados merecedores de un castigo peor que el que se aplicaba a los que en Israel violaban la ley de Moisés (Hebreos 10.29). En vista de que el peor castigo que se le aplicaba al que violaba la ley de Moisés era el de la muerte, debe haber, bajo el nuevo pacto, un castigo al que se le ha de temer más. Ese castigo es el infierno.

¿Será real el castigo? El infierno (del griego *gehenna*<sup>2</sup>) es un lugar real, del cual, Jesús es el único que hace mención,<sup>3</sup> excepto por una referencia en Santiago 3.6. Es importante hacer notar que una clara diferencia existe entre lo que se conoce como el Hades, el estado intermedio de los muertos, y el infierno, el lugar donde los impíos serán castigados.

La primera vez que se usó la palabra *gehenna*, fue para referirse a un barranco situado al lado sur de

---

<sup>2</sup> La palabra *Gehenna* es una transliteración, al griego, de una palabra hebrea, la cual combina dos palabras de este idioma, *ge*, que significa valle, e *Hinom*, el nombre del propietario del valle.

<sup>3</sup> Véase Mateo 5.22, 29–30; 10.28; 18.9; 23.15, 33; Marcos 9.43, 45, 47; Lucas 12.5; Santiago 3.6.

Jerusalén, el cual pertenecía a los hijos de Hinom. El lugar se había hecho abominable y odioso para Dios y para los hombres, debido a que ciertos adoradores idólatras habían quemado a sus hijos allí.<sup>4</sup> Así, en los tiempos de Jesús, llegó a ser el vertedero en el que se depositaba la basura de Jerusalén. Era un lugar maloliente, estaba infestado de gusanos y continuamente echaba humo, el cual era el producto de continuos fuegos. Jesús usó la palabra *gehenna* como una descripción certera del lugar de castigo para los impíos.

Habló del fuego del Gehena refiriéndose a éste como a un horno de fuego (Mateo 13.42, 50). Se trata de un fuego eterno que no puede ser apagado (Mateo 3.12; 18.8; 25.41; Marcos 9.48).<sup>5</sup> También dijo que el «gusano» que habrá allí no morirá. Si el fuego y los gusanos consumieran los cadáveres, entonces el fuego cesaría y los gusanos morirían por no tener más que consumir. Aunque posiblemente no fue el propósito de Jesús que el fuego y los gusanos se tomaran literalmente, sí resulta manifiesto el uso de términos que indican la naturaleza interminable del castigo.

Si el fuego al que se refería no es literal, ¿por qué usó Jesús la palabra «fuego» repetidamente? Por otro lado, ¿cómo iba Él a poder describirnos de una manera comprensible cómo sería el castigo de las almas, si no era por medio de términos referidos a realidades físicas? Tal vez, la razón por la cual también el cielo es descrito en términos referidos a realidades concretas, se encuentre en el propósito de darnos una idea de su belleza. Jesús debió de haber usado términos concretos porque deseaba que comprendiéramos los horrores del infierno.

¿Qué clase de castigo se sufrirá en el infierno? ¿Qué

---

<sup>4</sup> Véase 2 Reyes 23.10; véase 2 Crónicas 28.3; 33.6; Jeremías 7.31-32; 19:6.

<sup>5</sup> Véase Marcos 9.43; Lucas 3.17.

les espera a los desobedientes?

1) A los que están siendo enviados al infierno se les dirá: «apartaos» (Mateo 7.23; véase 25.41; Lucas 13.27). Serán separados de Dios.

2) Los que estén en el infierno serán castigados por medio de estar excluidos de la presencia de Dios (2 Tesalonicenses 1.9). Esto puede ser una señal de que Dios no los verá, ni los oír, ni los ayudará.

3) El diablo y sus ángeles, como también toda persona impía que haya vivido, estarán en el infierno (Mateo 25.41).

4) El infierno es un lugar de tormento con fuego y azufre (Apocalipsis 14.10; véase 20.10; 21.8).

5) Los que estarán en el infierno continuarán siendo destruidos (2 Tesalonicenses 1.9).

6) No se les permitirá entrar en el reino eterno de Dios (1 Corintios 6.9; Gálatas 5.21).

7) Estarán sufriendo la ira de Dios (Mateo 3.7; véase Romanos 2.5; 5.9; Efesios 5.6; Colosenses 3.6). Ésta será derramada pura (Apocalipsis 14.10).

8) Estarán en la más completas tinieblas de afuera (Mateo 8.12; véase 22.13; 25.30; 2 Pedro 2.17; Judas 13).

9) Recibirán condenación (Marcos 16.16; Juan 5.29; 2 Tesalonicenses 2.12; 2 Pedro 2.3).

10) Estarán en un estado de corrupción (Gálatas 6.8).

11) Sufrirán la venganza de Dios (Romanos 12.19).

La reacción de los que estarán siendo castigados es indescriptible: Estarán sufriendo tribulación y angustia (Romanos 2.9). Jesús dijo que habrá lloro y crujir de dientes, lo cual describe un intenso dolor (Mateo 8.12; 13.42, 50; 22.13; 24.51; 25.30; Lucas 13.28).

Todo lo que se dice acerca del infierno es horrosamente malo; nada bueno se dice. Los que van allí, tendrán que asociarse por siempre con toda persona malvada que haya vivido, como también ;con el diablo y sus ángeles (Mateo 25.41)! No estarán nunca más con

Dios ni con los justos. Vivirán en tinieblas para siempre. Dios, quien es luz, estará ausente. El sol, las galaxias, las estrellas y toda luz del universo dejará de existir. Sin Dios, ni estas luces, sólo habrá tinieblas.

### ¿Quiénes irán al infierno?

La Biblia dice quiénes serán castigados. Pablo los describe como los de corazón endurecido y no arrepentido, los que son «contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia», y los que hacen lo malo (Romanos 2.5, 8–9). También escribió que en este grupo se incluye «a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tesalonicenses 1.8). Pablo dio varias listas de personas que no irán al cielo, lo cual significa que irán al infierno (1 Corintios 6.9; vea Gálatas 5.21; Efesios 5.5). Por las vidas que han vivido, el infierno será su morada eterna.

Con razón el Nuevo Testamento habla acerca del temor. Esto fue lo que Pablo escribió: «Conociendo pues el temor del Señor, persuadimos a los hombres» (2 Corintios 5.11). Hablando de lo mismo, esto fue lo que Pedro escribió: «Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación» (1 Pedro 1.17). Jesús dijo: «no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10.28). Pablo también escribió lo siguiente: «Por lo tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2.12).

«El perfecto<sup>6</sup> amor echa fuera el temor» (1 Juan 4.18),

---

<sup>6</sup>La palabra griega que se traduce por «perfecto» es *telios*, la cual significa «maduro».

y el perfecto amor nos mantendrá obedientes (Juan 14.15, 21; 1 Juan 5.3). Deberíamos cultivar tanto el amor, como el temor a Dios. Nuestro amor a Dios debería acercarnos a Él para servirle, y nuestro temor debería movernos a respetarlo lo suficiente para hacer Su voluntad (1 Pedro 1.17).

Todo lo que se ha expresado debería ser suficiente para convencernos de no querer ir al infierno. No es un lugar que haya sido creado para nosotros, sino para el diablo y sus ángeles. Debido a los problemas que éste ha causado a través de la historia del mundo, merece por siempre el infierno más ardiente y eterno que Dios pueda preparar. Al decir esto, sin embargo, debemos reconocer que los que no obedecen a Dios, sino que siguen al diablo, merecen más que una ligera reprensión por sus pecados.

Nuestro más grande objetivo en la vida debería ser el llegar al cielo y escapar del castigo del infierno. El lugar más pequeño en el cielo, si es que hay algún lugar pequeño ahí, es preferible a pasar la eternidad en el mejor lugar del infierno, si es que hay algún lugar mejor allí. Podemos evitarnos los horrores del infierno por medio de vivir como Dios desea que vivamos, y de ayudar a otros a prepararse para ir al cielo.

### **UNA VISIÓN ADELANTADA DEL CIELO**

Una emocionante promesa que Jesús hizo es la siguiente: «vuestro galardón es grande en los cielos» (Mateo 5.12; Lucas 6.23). Los que somos cristianos tenemos esperanza (Efesios 4.4) de una vida en el cielo que sobrepasa abundantemente en gloria a esta vida, lo cual es una bendición que hace que valga la pena ser cristianos. No existe otro grupo de gente que tenga tantos cánticos acerca del cielo, ni que cante tan a menudo acerca de un hogar futuro. Nuestra esperanza de un cielo nos lleva con gozo en medio de las muchas



tribulaciones y cargas que hundan a otros en la tristeza y la desesperanza (1 Tesalonicenses 4.13).

Jesús enseñó: «Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10). Tener una vida abundante no significa que no se tendrán problemas. Pablo escribió. «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3.12). La persecución que Pablo sufrió lo llevó a decir: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Corintios 15.19). También escribió acerca de sus tribulaciones por Cristo: «Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (1 Corintios 15.32; vea Isaías 22.13).

El Nuevo Testamento nos da abundantes razones para alegrarnos de antemano. Las Escrituras no mencionan a menudo ni describen en modo detallado el cielo en el sentido de hogar eterno de los salvos; sin embargo, las bendiciones del cielo sí son aludidas muchas veces.

La esperanza que tiene el cristiano de un hogar en los cielos es tan completa, que nos produce gran gozo (Romanos 12.12). Ella es una promesa mejor que la que se les hizo a los que estaban bajo el antiguo pacto (Hebreos 8.6; 10.34). A éstos se les prometió la tierra de Canaán y una larga vida y prosperidad, si observaban el pacto que Dios había hecho con ellos (Deuteronomio 4.13; 5.33). Si todo lo que se nos promete fuera un lugar sobre una tierra restaurada a su estado prístino, entonces las promesas de Dios bajo el nuevo pacto, la base de nuestra esperanza, no serían mejores que las promesas de tierra que Él hizo a Israel (Deuteronomio 28.1–14). No obstante, la esperanza que se nos da, es la de un lugar para siempre en el cielo (1 Pedro 1.3–4), no la de un terreno acompañado de prosperidad y larga

vida sobre la tierra.

### ¿Cómo es el cielo?

Para poder comprender el cielo tal como éste se describe en la Biblia, debemos darnos cuenta, como lo estudiamos en una lección anterior, que la palabra «cielo» se usa con referencia a tres diferentes esferas (2 Corintios 12.2–4): 1) el cielo en el cual se encuentran las nubes (Deuteronomio 11.11), y en el que vuelan las aves (Salmos 79.2); 2) el universo lleno de estrellas y constelaciones (Génesis 1.14–18; Deuteronomio 1.10); y 3) el lugar en el que mora Dios, donde los redimidos de la tierra vivirán para siempre (1 Pedro 1.3–4). Es a esta última referencia a la que se le prestará especial atención en esta lección.

*La expresión «reino de los cielos» se usa para referirse a 1) el reino eterno de Dios (Mateo 13.43), 2) el reino preparado para los salvos (Mateo 25.34), y 3) el reino de Cristo, del cual Él predicó que estaba cerca, y acerca del cual envió a otros a predicar. A este reino se le refirió como «reino de los cielos» (Mateo 4.17); «reino de Dios» (Marcos 1.15), «mi reino» (Lucas 22.30), y «reino de su amado Hijo» (Colosenses 1.13). Una hebra unificadora que enlaza a estos términos, los correlaciona en cuanto al significado, pues todos se refieren al dominio de los cielos. El reinado especial de Cristo, el cual predicó que estaba cercano (Mateo 4.17), comenzó con Su ascensión (Efesios 1.19–23), y terminará cuando regrese por segunda vez (1 Corintios 15.24). Esta lección hará énfasis en el reino en el cual los salvos entrarán y que será su recompensa eterna (Mateo 25.34). Solamente el contexto puede determinar cuál de estos usos del término, es el que se da a entender en cada pasaje.*

En vista de que el cielo no es una dimensión física, tangible, debemos tener en cuenta que los términos referidos a cosas materiales que se usan para describirlo, sólo pueden insinuar las realidades de esa esfera

espiritual. Lo siguiente fue lo que escribió Pablo acerca de esa esfera espiritual: «[...] no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4.18). Aunque Dios describe el cielo en términos que se refieren a cosas materiales, no se debe creer que éste sea de naturaleza material.

La tierra no va a ser renovada ni transformada para convertirla en una habitación espiritual. Si así fuera, entonces no podríamos tomar en serio al que se sentó en el trono y dijo: «He aquí yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21.5). Tampoco podríamos tomar literalmente la siguiente expresión: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron,[...]» (Apocalipsis 21.1).

La descripción que se hace de la nueva Jerusalén, la ciudad de los salvos, es la de una ciudad construida con los más costosos materiales que se conocen sobre la tierra (Apocalipsis 21.11–21). Tal descripción lo deja a uno boquiabierto; tanto es así, que casi rebasa la capacidad humana para imaginarla. Es la imagen que Dios quiso que los mortales nos formáramos. Seremos presa de una mezcla de temor y reverencia cuando seamos glorificados en Su reino (1 Tesalonicenses 2.12; Hebreos 2.10), cuando contemplemos su esplendor y su gloria (Romanos 8.18) y cuando seamos participantes de esa gloria (1 Pedro 5.1). Él será «glorificado en sus santos» (2 Tesalonicenses 1.10). También nos causará impresión el hecho de que no se trata de un reino temporal, sino que nos proporcionará, como ciudadanos del cielo que seremos, «un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Corintios 4.17). En comparación con la tierra, es «una mejor y perdurable herencia» (Hebreos 10.34), y una «mejor [patria], esto es, celestial» (Hebreos 11.16).

El más maravilloso aspecto del cielo será la relación

que mantendremos por toda la eternidad con Dios, Jesús y el Espíritu Santo (Apocalipsis 21.3), y con todas las personas admirables de todas las épocas, que llegaron a ser salvas. No hay en la tierra comunión tan exquisita que se pueda comparar con la que tendremos eternamente en el cielo.

Si pudiéramos echar una mirada, aunque fuera por un momento, a la gloria del cielo, y ver la clase de comunión que tendremos, estaríamos tan emocionados de ir allí, que pasaríamos cada instante despiertos soñando con ello, trabajando y haciendo planes para ello. Pablo escribió: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8.18).

### **¿Que habrá en el cielo?**

Una de las maneras como las Escrituras nos ayudan a entender cómo será el cielo, es por medio del uso de símbolos. En el cielo no tendremos necesidad de lumbres como el sol, la luna, o una lámpara; tampoco habrá allí noche pues el Cordero será su luz (Apocalipsis 21.23, 25; 22.5). El hecho de tener acceso inmediato a la presencia de Dios, significa que no será necesario un templo, pues Dios y el Cordero serán el templo (Apocalipsis 21.22).

No tendremos necesidad de alimento material, pues la vida será sustentada por el agua del río de la vida y por el fruto del árbol de la vida (Apocalipsis 22.1-2). No estaremos ya más separados de Dios, pues «él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apocalipsis 21.3). El trono de Dios y del Cordero estará allí (Apocalipsis 22.3). En nuestra nueva morada no habrá más que justicia (2 Pedro 3.13).

### **¿A qué nos asemejaremos?**

Nuestro cuerpo material será transformado en un

cuerpo espiritual (1 Corintios 15.44, 51–54). Es necesario que así suceda porque este cuerpo que hoy ocupamos, no nos va a servir para vivir en la dimensión espiritual en que entraremos. Las Escrituras dicen que «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1 Corintios 15.50). Dios, en cambio, no tiene este problema, pues, por ser Espíritu, a Él le es natural el ámbito espiritual que le rodea (Juan 4.24). Tampoco tienen este problema los ángeles, pues éstos también son espíritus (Hebreos 1.14). No podemos entender qué apariencia tendrá el cuerpo de los que se encuentren en esa dimensión, pero tenemos la certeza de que «cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3.2). Nuestra condición de seres vivientes que ocupamos un cuerpo material, nos impide ver a Dios, de modo que va a ser necesario, para poder verlo, que nosotros entremos en Su dimensión (1 Timoteo 6.16). Jesús «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3.20–21). Cuando esto suceda, «[veremos] su rostro» (Apocalipsis 22.4), un rostro que ninguno de nosotros puede contemplar y quedar vivo después de hacerlo, mientras aún se encuentre ocupando un cuerpo material (Éxodo 33.20).

Cuando seamos transformados, tendremos la gloria de los seres celestiales. Seremos «glorificados con» Cristo (Romanos 8.17), cuando hayamos entrado en gloria, honra y paz (Romanos 2.7, 10). Cuando estemos en nuestro nuevo estado «[resplandeceremos] como el sol en el reino» de nuestro Padre (Mateo 13.43). «Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial» (1 Corintios 15.49).

Seremos entes eternos que tendrán «vida eterna», y que ya no podrán morir más (Lucas 20.36; Apocalipsis 21.4). La frase «vida eterna» incluye tanto el concepto de

calidad de vida, como el de longevidad, lo cual puede referirse a una posesión que disfrutamos en el presente,<sup>7</sup> así como a la vida futura que recibiremos como recompensa por creer en Jesús y servirle.<sup>8</sup>

### ¿Qué estaremos haciendo?

Dios no nos ha dado una descripción completa de lo que estaremos haciendo en el cielo, y tal vez sea así, por una buena razón. Puede que por el hecho de ocupar un cuerpo material, no nos parezca emocionante lo que hagan los seres espirituales. Lo que podría estar impidiendo que nos emocionemos con las actividades espirituales del cielo, es el hecho de que nuestra felicidad por lo general se basa en lo material.

En el cielo gozaremos de la más pura felicidad, pues Dios «enjugará [...] toda lágrima de los ojos de [nosotros]; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21.4). Dejarán de existir los problemas materiales de esta vida que tanta tristeza nos han causado, o que para nosotros han sido una maldición (Apocalipsis 22.3). Los salvos entraremos en el «gozo» de nuestro Señor (Mateo 25.21, 23). Descansaremos de los trabajos de esta vida (Apocalipsis 14.13; Hebreos 4.8–11).

En el cielo nos regocijaremos por toda la eternidad, porque estaremos con el Padre (Apocalipsis 21.3), con Jesús (Juan 12.26),<sup>9</sup> con los ángeles (Lucas 9.26), y con los que sean salvos (Mateo 13.43). Serviremos gozosamente a Jesús (Apocalipsis 22.3) y reinaremos con Él por siempre (2 Timoteo 2.12; Apocalipsis 22.5). Él será glorificado en los santos (2 Tesalonicenses 1.10), lo cual debe de

<sup>7</sup> Véase Juan 3.36; 5.24; 6.47, 54; 1 Juan 5.11, 13.

<sup>8</sup> Mateo 19.29; Marcos 10.30; Lucas 18.30; Juan 10.28; Romanos 2.7; 6.22; 1 Timoteo 6.12.

<sup>9</sup> Véase Juan 14.3; 17.24; 2 Corintios 5.6–8; Filipenses 1.23; Colosenses 3.4; 1 Tesalonicenses 4.17.

significar que Jesús será altamente honrado y reverenciado (Filipenses 2.10–11) por los que Él haya salvado. El cielo será un maravilloso lugar de amor, comunión y regocijo.

### ¿Quiénes irán al cielo?

Las glorias del cielo no se ganan a base de méritos, sino a base de gracia (2 Tesalonicenses 2.16). Por esta razón, no vamos a poder jactarnos de haber ganado el cielo por las buenas obras (Efesios 2.8–9; Tito 3.5). Lo único que podremos decir es que «lo que debíamos hacer, hicimos» (Lucas 17.10).

El cielo nos será dado en calidad de herencia.<sup>10</sup> Una herencia no es algo que se gane con esfuerzo propio; sino algo que se recibe como regalo. Es a los hijos de Dios a quienes se les dará esta herencia (Romanos 8.16–17; Gálatas 3.6–7, 29). El hecho de haber nacido de nuevo, del agua y del Espíritu (Juan 3.5), equivale a haber nacido de Dios (Juan 1.12–13). De este modo, por medio de la fe y el bautismo, nos convertimos en hijos de Dios y en herederos del cielo (Gálatas 3.26–27).

Los que no entrarán en el cielo son los que se rebelen en contra de Dios, y vivan una vida inmoral (1 Corintios 6.9–10; Gálatas 5.19–21). Lo que les impedirá entrar en el cielo es su condición de impuros, en la cual permanecen por no haber sido lavados en la sangre de Jesús (Apocalipsis 21.27; 2 Pedro 3.13). Los que entren en el cielo serán los que hayan sido lavados en la sangre de Jesús (Efesios 5.25–27; Colosenses 1.19–22).

## CONCLUSIÓN

La idea de que Dios castigará eternamente a los que no le hayan obedecido, es horrorosa; no obstante, Su Palabra enseña que así será. El castigo de los injustos

---

<sup>10</sup> Véase Hechos 20.32; véase 26.18; Efesios 1.11, 14, 18; 5.5; Colosenses 1.12; 3.24; Hebreos 9.15; 1 Pedro 1.4.

será tan eterno como las bendiciones de los justos. Lo anterior debería, desde luego, ser motivo suficiente para buscar la manera de agradar a Dios en todo lo que hacemos. Si llegamos a estar eternamente con Él en el cielo y nos evitamos el fuego eterno en el que arderán el diablo y sus ángeles, entonces habrá valido la pena cada esfuerzo, cada tribulación y cada minuto de servicio que hayamos dado.

### PREGUNTAS DE ESTUDIO

*(respuestas en la página 270)*

1. Algunos han llegado a la conclusión de que la idea de castigo contradice los atributos del amor, la misericordia y la gracia de Dios. ¿Por qué es errónea esta conclusión?
2. ¿Por qué constituye falsa doctrina el punto de vista de los que sostienen que los desobedientes serán aniquilados?
3. ¿Qué clase de castigo se espera que haya en el infierno?
4. ¿Cómo describe Pablo a los que serán castigados?
5. ¿Cuál debería ser nuestro más grande objetivo en la vida?
6. ¿Qué es lo que hace que la esperanza que tienen los cristianos del cielo, sea una mejor promesa que la que se les hizo a los que estuvieron bajo la antigua ley?
7. ¿Cuáles son las tres diferentes esferas a las que se refiere la palabra «cielo»?
8. ¿Por qué en el cielo no tendremos necesidad de las cosas que sí necesitamos en la tierra?
9. ¿Quiénes irán al cielo?

### GLOSARIO

**divisiones de la cristiandad** —las diferencias que existen entre las confesiones de una y otra denominación. Aun cuando ello era contrario a la oración de Jesús (Juan 17.21) y al plan que se enseña en el Nuevo Testamento (1 Corintios 1.10–13), hubo hombres que establecieron iglesias y doctrinas de manufactura humana, las cuales dividen a los creyentes.